

Zenobia Camprubí

La llama viva

Emilia Cortés Ibáñez

Alianza editorial

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: Retrato de Zenobia, hacia 1911; cedido por la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico, Recinto Río Piedras.

Imagen de contracubierta: Retrato de Zenobia y Juan Ramón recién casados; cedido por el Centro de Estudios Juanramonianos. Casa-Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Moguer

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Emilia Cortés Ibáñez, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-898-4

Depósito legal: M. 5.318-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	Preliminar
17	I. Antecedentes familiares de Zenobia Camprubí
29	II. La familia de Zenobia. Los Camprubí Aymar
47	III. Cambio de rumbo. Nueva York (1904-1909)
65	IV. España de nuevo (1909-1916)
121	V. Del matrimonio al exilio (1916-1936)
167	VI. En Norteamérica (1936-1951)
223	VII. Puerto Rico (1951-1956)
289	VIII. El último viaje
291	Apéndice de textos de Zenobia Camprubí
381	Cronología
391	Notas
415	Bibliografía
429	Créditos fotográficos
433	Índice onomástico

A Ellos,
a los que se han ido

«Zenobia: eres graciosa, intensa, encantadora; fina de cuerpo y alma; amas lo humano y percibes lo divino; sientes la naturaleza, la música, la pintura, la poesía, la filosofía, la historia, todas las artes y todas las ciencias. Eres buena compañera de hogar, de viaje y de trabajo. Siempre estás dispuesta a trabajar o a gozar. No eres interesada. Eres cumplidora, digna, generosa. No pides nada a nadie. Das todo. Te acomodas a todas las circunstancias y las resuelves alegremente. Ríes siempre, a veces por no llorar.

Juan Ramón Jiménez, *Monumento de Amor* (2017)

«Tenía Zenobia una voz suave, de una alegre dulzura. Era alta, con un pelo de un rubio ceniza en que albeaban las canas, con unos ojos azules de mirada radiante y atónita, con unas manos delicadamente expresivas. Daba una impresión de fortaleza dulce o, mejor, de debilidad que se hace vigorosa porque hay algo aún más débil —más poderosamente débil— que cuidar, que sostener, que alentar...

Ella, sostén ideal de la vida y de la obra de un gran poeta.»

Rafael de Penagos, «La sonrisa de Zenobia», *ABC* (1956)

«Ella me dijo en un momento en que yo, indignada contigo, decía que todo se lo debías a ella, que tú, después de todo, habías escrito *Platero* antes de conocerla a ella, mostrándome qué profundamente había llegado a quererte.»

Carta de Inés Camprubí, sobrina de Zenobia, a Juan Ramón, 15-12-1956
(Archivo privado de Carmen Hernández-Pinzón)

«Zenobia Camprubí, de aspecto nórdico, me parece el revés de la medalla: voz suave, alegre y cariñosa, ojos azules que miran como sorprendidos, carácter espontáneo y expansivo y, sobre todo, manos llenas de expresión, bondadosas y abiertas; como un libro.»

Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca* (2008)



Zenobia en Estados Unidos, hacia 1916.



Zenobia en Miami en 1940.

Preliminar

La vida de Zenobia Camprubí es una vida singular. Peculiar desde sus orígenes por ser hija de dos continentes, de dos educaciones diferentes, por tener una idea de la sociedad adelantada al momento en que vivió.

Siempre se ha mostrado a Zenobia de un modo un tanto ligero, banal, justo lo contrario de lo que ella fue. El no conocer los avatares de su existencia ha propiciado esa presentación superficial. Zenobia no es la «americanita», apelativo que, en este momento, ya resulta ridículo aplicarle. Era *gracioso* llamarla así cuando se instaló en Madrid en 1910, pero hoy en día este sobrenombre está manido, está fuera de lugar, y lo peor: no la define ni representa. Y no lo hace porque a lo largo de su vida Zenobia demostró ser capaz de llevar a cabo mucho, mucho más de lo que la mayoría de nosotros podría llegar a realizar.

Para conocer a Zenobia hay que leer sus escritos, hay que detenerse en todo lo que escribió, que es mucho y que, afortunadamente, ha sido organizado, traducido y editado para facilitar la labor de llegar a conocerla.

Zenobia nos ha dejado cinco volúmenes de *Diarios*. Uno, de juventud, escrito antes de conocer a Juan Ramón; otro, *Diario de dos re-*

ciencasados, compartido con el poeta, y otros tres diarios escritos entre 1936 y 1956, año de su fallecimiento. Además, contamos con cuatro volúmenes publicados de su amplio *Epistolario*; el quinto está en la imprenta, y el sexto, en preparación. Sin olvidar la correspondencia cruzada entre ella Juan Ramón, recogida en *Monumento de amor*.

Este balance de diez volúmenes no es en absoluto desdeñable, aún más si tenemos en cuenta que fueron escritos por una mujer que pensaba así de su escritura:

Como no me casé hasta los veintisiete años había tenido tiempo suficiente para averiguar que los frutos de mis veleidades literarias no garantizaban ninguna vocación seria. Al casarme con quien, desde los catorce, había encontrado la rica vena de su tesoro individual, me di cuenta, en el acto, de que el verdadero motivo de mi vida había de ser dedicarme a facilitar lo que era ya un hecho y no volví a perder el tiempo en fomentar espejismos.

Dentro del ámbito de la traducción, que también es una forma de escritura, hay que incluir los veintidós volúmenes vertidos al castellano de la obra de Rabindranath Tagore, labor que Zenobia realizó junto a Juan Ramón. Sin olvidar los numerosos artículos, de temática social y cultural, que publicó a lo largo de su vida.

Apreciar lo amplio de su producción nos llevaría a pensar —si no la conociésemos— que no hizo otra cosa en su vida sino escribir. Qué equivocados estaríamos si así fuese. Zenobia llevó a cabo una labor importantísima: ha regalado a España un Premio Nobel, y al mundo entero, la poesía de Juan Ramón.

El difícil estado de salud —no solo físico— que Juan Ramón sufrió a lo largo de toda su vida fue un gran obstáculo para conseguir una convivencia cotidiana feliz o, al menos, fácil. El fondo de su re-

lación fue satisfactorio y enriquecedor porque se amaban, pero la enfermedad de Juan Ramón hizo, en numerosas ocasiones, muy difícil la convivencia. Como consecuencia, su vida de pareja atravesó etapas felices y otras, demasiadas, de sufrimiento, sobre todo en los últimos años. Padecieron los dos, pero ella, por las circunstancias que iremos relatando, sufrió doblemente.

A lo largo de estas páginas presentamos un recorrido por la vida de Zenobia, comenzando por sus raíces, sus antepasados. Conoceremos a Zenobia niña, adolescente, adulta, madura, siempre a través de sus palabras. Es Zenobia quien se autodefine, y el gran reto de esta biografía es ofrecer la máxima objetividad, bien entendido que, desde el momento en que se seleccionan unas frases y no otras, la objetividad total no existe, pero, obviamente, la selección es imprescindible ante lo amplio de su escritura.

Cuando Zenobia encontró a Juan Ramón, él ya era un poeta muy conocido, con numerosas publicaciones. Zenobia vio de manera clara el potencial literario de él y entendió que su destino debía ir encaminado a propiciar el ambiente y el clima de paz necesarios para que él crease; ella tuvo la inteligencia y la fuerza de llevarlo, conducirlo y empujarlo hasta el final, hasta que consiguió el Premio Nobel. Zenobia fue la colaboradora y gestora de la Obra de Juan Ramón, trabajó con él diariamente en sus escritos, en el archivo, se ocupó del trato con las editoriales, de organizar las ediciones, incluso de tener al día la correspondencia del poeta en las fases de enfermedad aguda. Sin olvidar las relaciones humanas y del mantenimiento del contacto con los amigos comunes.

Hay otras varias parcelas a las que Zenobia se entregó: compromiso social, mundo de los negocios en facetas varias, universo infantil, enseñanza en las universidades norteamericanas...

Todos estos aspectos de su vida serán los que expondremos en la presente biografía.

Después de unas páginas sobre los antepasados de Zenobia, su biografía se presenta en dos bloques cuya línea divisoria es la Guerra Civil española. Se sigue el orden cronológico de su existencia, si bien en algunas ocasiones nos adelantamos a los acontecimientos porque el tema, los personajes o el momento así lo requieren.

El objetivo primordial de estas páginas es dar a conocer, de manera fiel, la figura de Zenobia al público en general, no solo a los investigadores —que ya la conocen en gran medida—. Quien quiera saber más sobre ella solo tiene que aproximarse a las obras que aparecen convenientemente indicadas en las notas al final del texto, o leer los textos que hemos añadido en el apéndice.

Solo resta invitar a los lectores a que conozcan mejor a Zenobia Camprubí, que fue mucho más que la mujer de Juan Ramón Jiménez.

Ámsterdam, agosto de 2018

Mis agradecimientos a Carmen Hernández-Pinzón y a la Casa Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Siempre me regalan su ayuda.

Antecedentes familiares de Zenobia Camprubí

«[...] se me educó en una tradición americana de siete generaciones que databa de los colonos hugonotes franceses y holandeses establecidos en Nueva York.»

Diario de juventud. Escritos. Traducciones.

Antepasados paternos. Los Camprubí

El siglo XIX fue una etapa decisiva para la colonia española de Puerto Rico. Dos hechos importantes hicieron que se diesen cambios decisivos en la isla. En 1815 España dicta la Real Cédula de Gracias, que impulsó la economía y la demografía.

En 1863 España creó el Ministerio de Ultramar y, como consecuencia, se llevó a cabo una serie de actuaciones en la isla: construcción de la red de ferrocarriles, implantación del plan de alumbrado marítimo, creciente actividad en materia de aguas, establecimiento de las líneas telegráficas y construcción de caminos y carreteras. Todo ello imprescindible para el desarrollo económico que le era necesario a la colonia.

Los primeros ingenieros de caminos partieron desde la Península a las colonias en 1866. En Puerto Rico se encontraron con enfermedades tropicales a las que no estaban acostumbrados y que algunos no resistieron; en contraprestación recibieron una buena remuneración y

algunos otros privilegios laborales. En 1873 el ingeniero de caminos, canales y puertos Raimundo Camprubí Escudero, de 27 años, marchó a Puerto Rico para trabajar en la nueva carretera que atravesaría la isla.

Raimundo Camprubí, padre de Zenobia, pertenecía a una familia catalana con varios miembros militares. Su abuelo, José Camprubí, nacido en La Pobla de Lillet, fue propietario de una fábrica de tejidos y lanas, principal actividad económica de esta población, pero su auténtica vocación fue la carrera militar. Caballero laureado de San Fernando, combatió en la Guerra de la Independencia y participó en varios actos heroicos. Casó con Margarita Torrens.

El padre de Raimundo, José Camprubí Torrens, casado con Salustiana Escudero Carasa, también fue militar, al igual que dos de sus hijos, Félix y José, ambos ayudantes del general Martínez Campos. El mayor, Félix, general de brigada y presidente del Cuerpo de Somatenes, redactó el *Reglamento para el Cuerpo de Somatenes de Cataluña*, aprobado por Real Orden de 3 de junio de 1890. Casó con la cubana Teresa Grau y Moreno. El menor, José, que alcanzó al final de su carrera militar el grado de general, se casó en 1904 con la catalana Eugenia Darna Grau y fueron padres de siete hijos. El único que rompió la tradición familiar fue el segundo de los hijos, Raimundo, padre de Zenobia Camprubí, ingeniero de vocación y de profesión.

Raimundo marchó a Puerto Rico y allí pasó seis años. Hombre trabajador y amante de su profesión, tuvo una vida laboral extensa; en la isla llevó a cabo los proyectos de varios puentes, la construcción de un faro y el modelo de casilla de peones camineros, oficializado por Real Orden de 1875. Pero el trabajo más decisivo de su vida fue la carretera de Coamo a Ponce.

Corría el año 1878 cuando en Ponce conoció a la puertorriqueña Isabel Aymar, cuatro años menor que él, de la que se enamoró.

Antepasados maternos. Los neoyorquinos Aymar

El abuelo paterno de Isabel Aymar, el neoyorquino Benjamin Aymar (1791-1876), de antepasados hugonotes franceses y colonizadores holandeses de la ciudad de Nueva York, era hijo de John D. Aymar, mecánico ajustador de barco. Benjamin, persona inteligente, activa y emprendedora, muy despierto para los negocios, desde muy joven se introdujo en el comercio de productos importados de las Indias Orientales, productos exóticos —café, té, vodka, pieles, seda, ron, azúcar, marfil, especias—, y no tardó en ser socio —1809— de la firma John Patrick & Co. Tenía 18 años. Más adelante, en 1821, creó su propia compañía, B. Aymar & Co., y uno de sus hermanos, John Quereau Aymar, formó parte de ella. Estaba situada en 34 South Street. No sería este el único familiar que perteneció a la compañía, ya que la siguiente generación fue incorporándose al negocio; así ocurrió con John Das Van Buren, que, en 1835, casó con Elvira, hija de Benjamin. Vemos que en los Aymar la genealogía familiar se entrelaza, se entremezcla con la trama del negocio, creando unas relaciones familiares estrechas, fieles. Así lo vemos con el matrimonio formado por Elvira y John Das Van Buren, padres de Bessie, la prima hermana de Isabel Aymar, que, como veremos más adelante, será de gran ayuda tanto para Isabel como para su hija Zenobia.

La compañía de Benjamin Aymar se convirtió en un negocio importante, floreciente. Trabajaba con las Indias Orientales, con toda Centroamérica, Rusia, etc., y era agente de todos los países caribeños. Tenía una buena flota de navíos para el transporte de mercancías —*Emily*, *John W. Cater*, *Orbit*, *Try*, *The B. Aymar*, etc.—, que llevaban a las islas productos norteamericanos y volvían cargados de azúcar, ron, etc. Un capítulo importante de sus actividades comerciales eran las maderas nobles, como caoba y palisandro, que se destinaban a subas-

tas. Benjamin, dedicado exclusivamente a su negocio, fue uno de los mejores comerciantes de la ciudad de Nueva York. Con sus negocios consiguió un patrimonio importante y se hizo muy rico. Baste señalar como dato curioso que, cuando murió, en 1876, dejó dos propiedades en la ciudad de Nueva York a cada uno de sus veintidós nietos y nietas. Este fue el origen de las dos casas que Isabel —una de sus nietas y madre de Zenobia— tenía en Nueva York —687 Sixth Avenue y 302 W 26th Street— y que en 1910 estaban valoradas en 75.000 y 10.000-12.000 dólares, respectivamente.

Benjamin Aymar vivió primero en 42 Greenwich Street, después en 6 State Street; desde la parte alta de su casa, todas las mañanas temprano, observaba a los vendedores de su firma. Trabajó en su compañía hasta 1840, año en que cambió la razón social a Aymar & Co., y permaneció en ella hasta 1845, cuando su hijo Augusto ya se había incorporado a la casa. En este momento Aymar & Co. estaba integrada por Augusto Aymar, Van Buren, Moller y Gaillard. Benjamin, además, fue director del Banco de Comercio durante veinte años.

Con Benjamin se inicia una rama de la saga de los Aymar que forma parte de la historia de Nueva York; en concreto, él está estrechamente relacionado con la historia del puerto de esta ciudad. Tuvo más hermanos, procedentes de otros matrimonios de su padre, el mencionado John D. Aymar, la mayor parte de ellos dedicados de una u otra manera al mar. Escribió *Aymar of New York* (1903), donde recoge la genealogía familiar.

Pasaron los años y la ciudad fue cambiando; la vida se desplazó hacia el norte y una nueva arteria fue la protagonista: la Quinta Avenida. La buena sociedad se trasladó a las mansiones que se iban construyendo en esa zona de Nueva York y Benjamin, aunque vivía muy feliz en el bajo Manhattan, en 1849 tuvo que mudarse a una nueva casa acorde con su condición social, en 84 Fifth Avenue, entre las

calles 14 y 15. Desde allí ya no veía su negocio ni respiraba la brisa del mar. Posteriormente, a finales del siglo XIX, esta avenida comenzó a transformarse de residencial en comercial.

En 1816, a los 25 años, cuando aún no había creado su primera compañía, Benjamin casó con la neoyorquina Elizabeth Coertland Van Buren, de ascendencia holandesa. Fue padre de familia numerosa, y entre sus hijos había una pareja de gemelos: Augusto y John, dos hermanos muy distintos. Cuando terminaron sus estudios, Augusto entró a trabajar en la compañía familiar y, al poco tiempo, Benjamin envió a los dos hermanos a Europa para conocer mundo. Cada uno de ellos actuó de diferente manera: John lo pasó muy bien, gastó mucho dinero, mientras que a Augusto no le llamó la atención la vida galante de los salones parisinos, ni cómo vivía el pueblo ruso, y se interesó por la literatura y el arte. De vuelta a Nueva York, John murió cuando tenía 24 años.

Augusto se incorporó a su trabajo en la compañía. No fue un hombre de oficina, era mucho más activo, y su padre, Benjamin, lo envió en 1843 al Caribe para comprar azúcar. Decide que vaya a la isla de Puerto Rico, a la bien conocida hacienda de Giuseppe Lucca.

Antepasados maternos. Los isleños Lucca

En 1815, bajo el reinado de Fernando VII, por la Real Cédula de Gracias, España decidió un cambio de política en sus islas de Cuba y Puerto Rico y facilitó que los extranjeros se instalasen en esta última, con lo que se beneficiarían la economía —principalmente la agricultura— y la demografía¹. La condición exigida por España era que quienes llegasen a la isla fuesen católicos y procedentes de países amigos de España. A cambio se les ofrecía una serie de beneficios:

tierras para el cultivo, abolición de impuestos, permiso de importación de todo lo relacionado con la agricultura, facilidad para la exportación. Bien entendido que, para beneficiarse de todas estas condiciones, debían pasar por una serie de estadios que, finalmente, los llevaban a renunciar a su ciudadanía natural y a convertirse en españoles, lo que les permitiría ejercer cualquier actividad, incluida la política.

La isla de Córcega, italiana en un principio, formaba parte de Francia desde 1768. Sus habitantes tuvieron muy en cuenta esta llamada para ir a Puerto Rico y fueron muchos los que se trasladaron a la colonia española, por lo que el pueblo corso influyó notablemente en su formación y desarrollo. Los corsos que llegaron provenían de diferentes profesiones: agricultores, comerciantes, intelectuales, navegantes, etc. El grupo de agricultores, tanto labradores como hacendados, fue importante porque, además de su experiencia en el trabajo y la producción, muchos de ellos trajeron sus propios esclavos y maquinaria. Hay que tener en cuenta que en España se abolió formalmente todo tipo de esclavitud en 1837, aunque *de facto* no había esclavos en la Península Ibérica desde 1766. Solo Cuba y Puerto Rico quedaron exentas expresamente de cumplir la norma, ya que sus oligarquías amenazaron con anexionar las colonias a Estados Unidos si se veían obligadas a cumplir la legislación. La exención de Puerto Rico fue derogada en 1873 por la Primera República, y la de Cuba, trece años más tarde. La mencionada exención, mientras duró, supuso un positivo impacto socioeconómico en Puerto Rico. Los lugares preferidos por los corsos para establecerse fueron Guayanilla y Yauco, al sur de la isla.

El 24 de diciembre de 1822 un corso, Giuseppe Lucca Mattei, nacido en Pino, llegó a San Juan de Puerto Rico, único puerto autorizado que había en la isla, situado al norte. Giuseppe tenía 19 años.

Se dirigió al sur a través del interior y se estableció en Guayanilla, tierra idónea para la agricultura, para el cultivo de la caña de azúcar y del café. Giuseppe no fue el primero de la familia Lucca en llegar a Puerto Rico. Antes, en 1816, lo había hecho su tío Santos Lucca Agustini. Se incorporó a su nueva vida y cinco años más tarde, en 1827, su inmersión fue completa al casarse con la criolla Luisa Ballesté Rivera, hija de catalán y yaucana que, por línea materna, procedía del cacique taíno Agüeybaná.

Cuando, después de varias generaciones, nazca Zenobia, no tendremos duda de sus raíces isleñas. El mismo año de la boda nace su hija Zenobia Lucca Ballesté —abuela de Zenobia Camprubí—; después vendrán sus hijos Luis, Eduardo y Julio Benigno. Estrechar tantos lazos con la isla convierte en 1830 a Giuseppe Lucca en ciudadano español.

Giuseppe fue propietario de una gran hacienda de caña de azúcar, considerada la mejor del sur de la isla. Creó la sociedad comercial S.S. G. Lucca Luchetti y se dedicó a la exportación e importación. Mantenía importantes relaciones comerciales con Estados Unidos, Francia e Inglaterra. Hombre despierto, tuvo propiedades en Guayanilla, Ponce y Pino; colaboró en los comienzos de la banca de Puerto Rico, además de tener cuentas en el Banco de Londres y en Marsella. Tenía visión comercial; fue inversor en Wall Street y se hizo rico, atesorando un destacable patrimonio. Era muy cuidadoso en sus gastos: «nada de superfluo», solía decir.

Persona religiosa y amante de la familia, Giuseppe no era dado a las fiestas ni al bullicio. Fue un gran viajero; no solo visitó su patria chica, Córcega, también viajó a otros lugares: Nueva York, Francia, Inglaterra, España, etc. Fue un hombre muy activo no solo en cuanto a la explotación de sus tierras, sino que se implicó en la vida de Guayanilla y colaboró en que se separase de Yauco para convertirse en pueblo, en 1833.

Llegó a ser su alcalde de Guayanilla y siempre luchó por la defensa de los derechos e intereses del pueblo. También fue vicecónsul de Francia en Puerto Rico. Nunca estuvo de acuerdo con el movimiento separatista que quería la independencia de las colonias, tema del momento.

Los cuatro hijos del matrimonio se educaron fuera de la isla. El ambiente social exigía que las hijas de buenas familias asistiesen a una escuela privada en Nueva York para que aprendiesen a comportarse y adquiriesen algo de mundología antes de ser presentadas en sociedad. Zenobia Lucca Ballesté, con apenas 12 años, fue al internado Linden Hall, en Bordentown, New Jersey. Este internado estaba situado en 49-61 E Park Street y era regentado por Mme. Carolina Murat y sus hermanas Jane y Eliza Fraser. El esposo de Carolina era Napoléon Lucien Charles Murat, sobrino de Bonaparte e hijo de Joachim Murat, rey de las Dos Sicilias, y de su esposa Carolina Bonaparte. El internado fue creado en 1835, en el lujoso hogar de los Murat; ofrecía una esmerada y refinada educación, por lo que estaba muy bien considerado. Sus alumnas procedían de tierras caribeñas².

A diferencia de sus hermanos, Zenobia es una niña despierta, inteligente, activa, trabajadora. Cuando llega al internado ya habla español, italiano y francés, y aquí aprenderá inglés³. Durante los dos años que pasa aquí estudia filosofía, física, química, astronomía; le encanta leer y ya dispone de una buena biblioteca de clásicos franceses; además, hace labores de aguja, canta y toca el piano. Terminada su formación, regresa a la isla y celebran su presentación en sociedad con una gran fiesta. Su nieta, Zenobia Camprubí, recogerá estas experiencias muy bien años después, al poner por escrito todo lo que le contó su abuela:

Han llegado de todas las haciendas vecinas una multitud de coches.
Los criados negros sirven los refrescos en las salas y la galería que da

toda la vuelta a la casa a estilo y usanza de las haciendas antiguas. Las habitaciones interiores están abarrotadas de camas que se han armado para dar acomodo a los parientes y amigos más allegados que viven demasiado lejos para regresar a sus casas por la noche. Allí se ha tocado y se ha bailado⁴.

Los tres hermanos de Zenobia Lucca, Luis, Eduardo y Julio Benigno, se educaron en Francia, pero ni fueron tan despiertos ni aprovecharon tanto el tiempo como su hermana; no les gustaba trabajar. Amantes de la familia, siempre tuvieron en consideración las opiniones de Zenobia. Su nieta lo expresará así: «D. José comprende que sus hijos son un fracaso y le apena que su hija no pueda levantar la hombría. Su hija que es el centro y la vida y la fuerza de aquella familia»⁵.

Zenobia Lucca, al igual que su madre —Luisa Ballesté— y su abuela —Joaquina Rivera—, tiene gran fortaleza de carácter. Se incorpora a la vida de la hacienda, en la que contaban con gran cantidad de esclavos negros. Es una vida despreocupada, de visitas de una hacienda a otra, estancias en el campo, en la ciudad, bailes... La lectura siempre acompañándola. Ya ha cumplido 16 años.

A la hacienda de Giuseppe Lucca llega un nuevo comprador de azúcar: el neoyorquino Augusto Aymar, hijo de Benjamin Aymar. Ha regresado de su viaje por Europa y trabaja en la compañía familiar. Después de hablar de negocios, Lucca le presenta a su hija, que se ha educado en Nueva York y habla inglés. Le ha gustado este muchacho. Por parte de Augusto, es amor a primera vista.

Augusto y Zenobia se casan en Nueva York en 1845. Él tiene 26 años, y ella, 18; él es protestante y ella católica, pero esto no ha significado un problema. Los ha casado el obispo católico Ireland en el domicilio del padre del novio, en la calle State, pues aún no se ha trasladado a su mansión de la Quinta Avenida.